

pensable reiterar el rigor académico, la armonización de saberes multidisciplinares; la presentación de posturas desde horizontes teóricos plurales que no es solo signo de erudición sino de abordaje inteligente y sensitivo a su objeto de estudio. Todo ello unido a una voluntad de alta eficacia comunicativa. Gracias a trabajos como los de Minardi creo que seremos muchos los que nos sentiremos provocados a seguir gozando de los textos breves y brevísimos y a probar crearlos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- MINARDI, Giovanna (2013). *Miradas sobre el microrelato y las fábulas de Augusto Monterroso*. Lima: Casa de cartón.
- MINARDI, Giovanna (2006). *Breves, brevísimos. Antología de la minificción peruana*. Lima: Santo Oficio.
- LIPOVETSKY, Gilles (1993). *El Imperio de lo efímero*. Barcelona: Anagrama.

EL LATÍN EN EL PERÚ COLONIAL DE ANGELA HELMER

Juan Dejo

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

El libro de Ángela Helmer, *El latín en el Perú colonial*, renueva los estudios coloniales en el Perú. En efecto, a través de la aproximación lingüística nos permite entender el horizonte sociocultural de nuestro pasado. Mencionaré tres razones por las cuales considero que alguien interesado en las Humanidades, en la Historia del Perú y de Latinoamérica en general, así como en las raíces de los escenarios interculturales de nuestra sociedad contemporánea, debe leer este libro.

En primer término se trata de un texto que nos da un valor agregado a la reflexión sobre la interculturalidad a partir de una variable que puede servir a sociólogos, antropólogos y estudiosos de la cultura en general: la polaridad que habita de modo intrínseco a la lengua en el fenómeno denominado como *diglosia*. En segundo lugar, pone los puntos sobre las íes (o los sufijos competentes en las declinaciones que corresponden...) en la necesidad de recuperar una memoria crítica de la historia de la cultura urbana colonial, aun deficitaria en nuestro medio. Por último, es un valioso aporte

bibliográfico pues incluye un repertorio importante de las obras escritas en latín y latín-español durante la colonia de acuerdo a criterios establecidos por la autora. Solo por esta lista, el libro adquiere ya la categoría de un imprescindible.

A parte de estas tres razones, el libro de Ángela Helmer me parece interesante de manera personal por dos alertas que están presentes en la investigación, de manera transversal y no siendo necesariamente problematizadas por la autora. La primera tiene que ver con que indirectamente se nos comunica que para indagar el universo textual letrado colonial tenemos que entrar en el universo mental religioso, espiritual y teológico de la época: un 70% del contenido registrado por la autora así lo demuestra. La segunda se relaciona con la importancia de la recuperación de este patrimonio, ya que por una serie de razones diferentes, sea incendios, pérdidas, robos o negligencias se encuentran a la raíz de este olvido. Esta situación no ha sido revertida, ya que muchos de los que hemos investigado podemos dar cuenta del estado lamentable

de muchas colecciones documentales perdidas en archivos del Perú por falta de una conciencia de lo que allí se alberga.

Retomemos, ahora, la primera razón por la cual el libro de Ángela Helmer es de imprescindible lectura y que nos lleva al debate abierto del concepto de *diglosia*. Debemos subrayar el concepto de *diglosia* trabajado por la autora. Se trata, de un “instrumento para distinguir y aclarar los conceptos de multilingüismo y contacto de lenguas.” Citando a Coulmas: es un “artefacto, supeditado a la historia, como lo son la escritura y la alfabetización”. Como tal supone una dinámica que puede ser analizada sincrónica y diacrónicamente y que desde esta última dimensión nos puede hacer entender otros fenómenos de interacción lingüístico-cultural en una situación intercultural diferente aunque semejante en cuanto a su complejidad a aquella que supuso la situación de doble *diglosia* colonial y las polarizaciones que ello dio lugar. Ahora bien, el tema de la *diglosia* nos conduce a otras preguntas que pueden abrir compuertas para la reflexión: La primera atañe a una curiosidad, ya que no es lo mismo imaginar la *diglosia* entre dos lenguas que llamamos “vivas”, como el español o el quechua (la primera, asociada a la variante alta, y la segunda a la variante baja) que la *diglosia* entre una lengua viva y otra muerta como es el caso del latín. En otras palabras: ¿se puede comparar el mismo nivel de *diglosia* existente entre una lengua efectivamente “viva” como el español y las lenguas nativas del Perú y, de otro lado, aquella que existe entre el español y el latín (“lengua muerta”)? En consecuencia, ¿cómo considerar o analizar los mecanismos de la *diglosia* entre una lengua artificial (que además probablemente es variante baja de aquella que se produce en la metrópoli) y una lengua viva? ¿Cuál es su especificidad respecto a la que existe entre dos lenguas realmente vivas? ¿O es que debemos salir de esta polarización entre lengua viva y lengua muerta y esto es precisamente parte de la propuesta del libro?

Otro rubro de preguntas tiene que ver con los préstamos e interferencias: ¿Es posible pensar en interferencias de las variantes bajas tanto hispana

como indígena en el latín (sobre todo si se considera que la lengua indígena, pese a ser una variante baja, no fue totalmente relegada como sí lo sería después de la independencia)? Lo interesante de este escenario es que es algo que ya no se produce más en nuestra realidad, puesto que la lengua actualmente representativa de la variable alta, el español, no interactúa sino con otras lenguas que son “vivas”...

La segunda razón para leer el libro de Ángela Helmer, lo dije antes, es porque nos incentiva a explorar el mundo colonial de una manera más acuciosa, desde la plataforma lingüística. Algo que no creo que haya sido resaltado del modo en que lo hace el libro de Ángela es la importancia que llegó a tener el latín en las representaciones colectivas así como la existencia de una efectiva élite intelectual que se diferenciaba no solo por los signos exteriores o por los antecedentes raciales o de “limpieza de sangre”, sino además, por el uso del latín. Esto para mí es realmente una novedad que no creo haber visto tan resaltada como en el libro que reseñamos.

Interesa, pues, profundizar en cómo con el latín se transmite y erige una construcción social de la realidad colonial. Es particularmente interesante la anécdota resaltada por la autora en la página 88. Los derechos abonados a la Universidad representaban una importante inversión. Citemos: “A cada maestro y doctor debía entregar tres libras de colación, tres gallinas y guantes de Ciudad real. Al Rector, el aspirante debía enviarle seis libras de colación, seis gallinas y guantes; al Maestre Escuela cuatro libras de colación, y cuatro gallinas y guantes”. Más adelante, cita el testimonio de León Pinelo quien como rector de la Universidad San Marcos entre 1656 y 1658 anotaba que “Yo he visto, durante una hora, en cuatro grados de Doctores, que todos arrojaban más de 14,000 toneladas de plata”.

La manera en que esta construcción identitaria académica podía tener repercusión en el espacio político se puede dejar entrever como lo anota Ángela Helmer en la resistencia a que la población indígena aprendiese el latín. La construcción de una identidad intelectual era susceptible de con-

ducir a una voz en el espacio político. No hemos estudiado de manera suficiente el vínculo entre la educación de las élites indígenas y su repercusión política. Quizá el estudio del latín pudo tener incidencia de alguna manera en la formación mental de futuros indígenas que incursionaron en la política como Túpac Amaru, muy probablemente educado por los jesuitas en el colegio de caciques del Cusco.

Por último, hay que destacar que uno de los valores más importantes del libro reside en el repertorio de más de 500 volúmenes en latín o latín/español hurgados en distintas bibliotecas y archivos del Perú. Este listado es sumamente valioso en momentos en que algunas instituciones como la PUCP y nuestra casa de estudios se encuentran en diferentes proyectos que intentan recuperar el material de pensamiento de la época colonial. En este caso me permito una pequeña crítica al hecho de haber dejado de lado la producción de algunos autores no identificados como nacidos en el Perú y cuya obra en latín tuvo una repercusión enorme en la Europa de aquellos tiempos. Es el caso, por ejemplo, de la obra de Diego Alvarez de Paz que no puede soslayarse. De hecho, se trata de un tratado espiritual que influyó no solo en locales (Santa Rosa de Lima, por ejemplo) sino que su lectura está atestiguada en el viejo continente en lo que fue definitivamente, un *best seller*. Sin dejar de lado el famoso *Thesaurus Indicus* de Diego de Avendaño.

Por último y en relación a este último punto, dos anotaciones finales que tienen que ver con intereses personales y que el libro *El latín en el Perú colonial* me ayuda a reflexionar. Si el 70% de obras estudiadas y registradas por Ángela Helmer son de carácter religioso, espiritual y teológico, quiere decir que para realizar este tipo de análisis requerimos de herramientas específicas de análisis para una mejor comprensión del modo en que en la sociedad colonial se representó la realidad. Hemos hecho el análisis, en el pasado, de las ideas religiosas del mundo andino, dejando de lado el

vehículo desde el cual se establecían las conexiones con dichos conceptos. Uno de los estudios más serios de los años recientes a este respecto y que traza un puente entre aquellos análisis y las representaciones mentales occidentales en la colonia es el de Juan Carlos Estenssoro *Del paganismo a la santidad*. Libro que traza un giro en este tipo de análisis, pero que resulta un tanto insular ya que quizá una de las claves reside en que habría que emprender una investigación primaria sobre textos que muchos de los estudiosos de la historia no conocen simplemente porque no están traducidos.

Esto se suma a la titánica labor que el libro de Ángela Helmer sugiere realizar: elaborar un catastro de toda la documentación colonial que reposa olvidada en archivos de todo el país, en embalajes inadecuados y en condiciones que no hacen sino presagiar mayores pérdidas. Muchos de esos documentos, me consta, son sermones escritos a lomo de mula por muchos misioneros de distintas órdenes religiosas; cuentas y diarios, informes, recetas y plegarias. Universo que permanece alejado de nosotros, porque lo creemos cifrado y críptico. El libro de Ángela Helmer, traza el puente entre aquello que nos aparece aun misterioso o lejano y nuestro mundo actual, tan necesitado de comprender su estructura colonial aun latente hoy en día, y que quizá, al recuperar esta memoria perdida, pueda hacer más inteligible sus contradicciones y confusiones.

En conclusión, *El latín en el Perú colonial* nos acerca de manera directa a un ámbito de estudio que a partir de ahora dejará de ser algo asociado al misterio o a erudiciones exquisitas, gracias al esfuerzo de Ángela Helmer. Estamos invitados a leer este libro. Al hacerlo nos sentiremos con todas las ganas de buscar textos coloniales en latín y percibirlos como parte de nuestra historia de cada día, aquella que late al son de un mundo que quizá sigue las pautas trazadas por una lengua que —aun “muerta”—, ha dejado sus huellas en una mentalidad aún colonizada.